

Jane Eyre: el sentimiento atrapado **La institutriz en la línea de sombra**

Azucena Eguren Sanchagarre y Lorena Rivera León
Universitat de València

Resumen: Tomando como marco referencial *La genealogía de la moral* de Nietzsche y *Normas para el parque humano* de Sloterdijk, esta comunicación presenta un análisis del proceso de domesticación que atraviesa la protagonista de *Jane Eyre* de Charlotte Brontë.

Palabras clave: formación, domesticación, resentimiento, doble.

Abstract: Taking Nietzsche's *Genealogy of Morality* and Sloterdijk's *Rules for the Human Park* as frame of reference, this paper presents an analysis of the domestication process which the main character of Charlotte Brontë's *Jane Eyre* lives through.

Keywords: education, domestication, resentment, doubleganger.

Los hombres, en efecto, no nacen civilizados, sino que se hacen.

Spinoza B., *Tratado político*, 127

Es posible que algunos de ustedes se hayan acercado hasta aquí atraídos por el carácter llamativo de una comunicación acerca de *Jane Eyre* en un congreso sobre Nietzsche y la hermenéutica. Quizá quienes hayan dedicado largas horas de estudio al pensador alemán se pregunten inquietos si es lícito que aparezca en este contexto una novela habitualmente considerada romántica. Para mitigar en cierta medida sus temores aclararemos que nuestro texto podría decepcionar únicamente a quienes no vean en esta obra de Charlotte Brontë más que una novela gótica. A los lectores atléticos, habituados a saltarse largos pasajes de no menos extensas narraciones en pos de una ansiada culminación romántica, les parecerá gratuito y puede que incluso impertinente nuestro intento de hallar en las páginas de este texto del siglo XIX las huellas del resentimiento tal y como viene caracterizado por Nietzsche, al tiempo que

indagamos cómo su heroína va siendo moldeada en un continuo proceso de formación. Porque *Jane Eyre* es, ante todo, un *Bildungsroman* femenino que ha padecido la mala fortuna de contarse involuntariamente, junto con otros textos clásicos, entre los fundadores del llamado género de la novela rosa o romántica, que en la mayoría de los casos no ha sabido más que producir malas copias de unos originales literariamente valiosos que, como éste, pudieron llegar en su tiempo a ser incluso audaces y rompe-dores. He aquí, en la susceptibilidad a ser toscamente interpretados y simplificados, un punto común entre Nietzsche y Charlotte Brontë.

En su breve texto *Normas para el parque humano*, Sloterdijk plantea la tesis de que el humanismo actúa bajo el presupuesto de que el hombre es un animal sometido a influencia, susceptible además de ser domesticado a través de un canon de lectura. En este contexto lanza la atractiva y sugerente cuestión que a continuación reproducimos: «¿Qué otras cosas son las naciones modernas sino eficaces ficciones de públicos lectores que, a través de unas mismas lecturas, se han convertido en asociaciones de amigos que congenian?»¹ Según la delimitación temporal por él fijada, los humanismos nacionales vivieron un dilatado período de esplendor que abarcaría desde 1789 a 1945, es decir, desde la Revolución Francesa hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. *Jane Eyre*, publicada en 1847, se enmarcaría así de pleno en este espacio temporal en el que los textos habrían cumplido todavía un papel de integración cultural de primer orden. En este mismo breve ensayo Sloterdijk afirma que «el humanismo, tanto en el fondo como en la forma, tiene siempre un “contra qué”, pues supone el compromiso de rescatar a los hombres de la barbarie».² En el caso de la obra que nos ocupa, su protagonista, en su momento un insólito tipo de mujer, encuentra en primer término el “contra qué” en sí misma. El salvajismo –equivalente en la novela de la barbarie mencionada en la cita– que Jane habrá de superar a lo largo del proceso de formación que describe el libro, parece inherente a su ser. En esta dirección apuntan, entre otras cuestiones, las caracterizaciones que de ella se ofrecen desde el comienzo mismo del relato, cuando aún es una niña de diez años a la que se tilda de rata, fiera, gato furioso o incluso víbora. El recurso a metáforas animales es constante a lo largo de toda la narración y a medida que éstas van variando se observa la evolución de su heroína.

Jane, huérfana como otros personajes de la literatura victoriana del que sería un buen ejemplo *Oliver Twist*, está a cargo de una tía que no de muy buen grado la mantiene en su casa. Al igual que le sucede al protagonista del texto de Dickens, la orfandad de Jane no es un mero y gratuito elemento melodramático, sino que subraya de manera inmejorable el carácter insuficiente, precario e incompleto de

1 Sloterdijk, P., *Normas para el parque humano*, T. Rocha (trad. esp.), Siruela, Madrid 2000, 25-26.

2 Sloterdijk, P., *o.c.*, 31.

la naturaleza humana. Jane, desubicada en un hogar que no es el suyo, habrá de recorrer un largo peregrinaje hasta encontrar un lugar en el que se halle querida y entre iguales. Éste comienza en el orfanato Lowood, al que es enviada por su pariente y tutora como castigo por su carácter díscolo y su rebeldía. En este internado de señoritas dirigido por un férreo pastor anglicano a la niña se le impone un régimen de vida casi monacal en el que todas las actividades rutinarias, desde el estudio hasta la alimentación, se rigen por “ideales ascéticos”. El tipo de domesticación evangelizadora al que el temible señor Brocklehurst está decidido a someter implacablemente a sus pupilas posee una clara intencionalidad homogeneizadora. No es admisible que ninguna individualidad destaque y cualquier reminiscencia carnal, todo indicio de feminidad o voluptuosidad debe ser extirpado. Buen ejemplo de ello es el episodio en el que, alarmado por la cascada de rizos pelirrojos que descubre en la alumna Julia Severn, ordena que sea rapada al cero sin ceder en su determinación cuando se le explica que la melena de la niña no es una concesión a la coquetería y a las modas imperantes, pues se trata simplemente de su cabello natural. «¡Natural! Pues bueno, no estamos dispuestos a ceder ante lo natural»,³ asevera el cruel e hipócrita administrador del centro a la vez que hace extensivo a todas las estudiantes de la primera clase el mandato del corte de pelo radical ya que, según declara «mi misión es la de mortificar en estas chicas la codicia de la carne, enseñarlas a vestirse con recato y austeridad».⁴

En contraste con el carácter negativo del clérigo beatón y mezquino empeñado en una terrible cruzada de represión aniquiladora de cualquier forma de espontaneidad, aparecen en Lowood dos figuras femeninas que se erigen, de maneras diferentes, en modelos positivos para Jane, aunque un poso de resentimiento las enturbie y ensombrezca. La primera de ellas es la señorita Temple que, como las columnas dóricas capaces de sostener el templo al que hace referencia su nombre, posee la fortaleza necesaria para oponerse hábilmente al cumplimiento de las disposiciones más extremas de su desalmado superior al tiempo que consigue mantener siempre la calma y la serenidad por las que conserva su puesto, desde el que puede servir, cual grácil y ligera cariátide, de contrapeso a tan sombría “columna negra”.⁵ La joven profesora reúne todas las virtudes deseables en una dama: educación, cultura, generosidad, discreción y entrega a los demás. Sin embargo bajo esta apacible fachada subyace un fondo de rebeldía y ardor que ha debido ser refrenado.

La segunda persona admirada por Jane Eyre es su compañera Helen Burns. Esta alumna de Lowood, que huye de la autocomplacencia y permanece impasible

3 Brontë, Ch., *Jane Eyre*, Carmen Martín Gaité (trad. esp.), Alba, Barcelona 1999 (reimp. Debolsillo, 2003), 108.

4 Brontë, Ch., *o.c.*, 109.

5 Brontë, Ch., *o.c.*, 63.

ante su aciago destino, resignándose, es una representante prototípica del cristianismo criticado por Nietzsche. Aun cuando es víctima de una injusticia, Helen no responde ante la ofensa recibida, achaca el daño a sus propios defectos y no a la perfidia del agresor, es paciente y afirma que no siente rencor. En este sentido resulta muy revelador el diálogo que mantiene con su amiga Jane que, estupefacta, no entiende su falta de reacción ante el daño inmerecidamente sufrido. De esta conversación nos permitimos extraer algunos pasajes porque creemos que son sumamente elocuentes y de gran valor para la hermenéutica de la novela a la luz de los textos nietzscheanos:

[...] Aparte de eso, la Biblia nos aconseja devolver bien por mal.

Pues a mí me parece horroroso que te peguen y que te obliguen a quedarte de pie en medio de una habitación llena de gente, con lo mayor que eres. Yo soy mucho más pequeña y no lo podría soportar.

Y sin embargo tendrías el deber de soportarlo, si no lo pudieras evitar. Es una tontería y un síntoma de debilidad decir que no puedes soportar algo que el destino te manda para que lo soportes.

Yo la escuchaba con asombro. No alcanzaba a comprender esta doctrina de la resignación ante lo insoportable, y aún menos capaz de entender o compartir la clemencia manifestada hacia la autora del castigo. No obstante, empezaba a darme cuenta de que Helen Burns consideraba las cosas bajo un prisma invisible a mis ojos, y a sospechar que pudiera ser ella quien tenía razón y yo la equivocada.

[...] Cuando nos pegan sin motivo, tenemos que reaccionar enérgicamente, claro que sí, y devolver el golpe, para que aprenda y escarmiente el que nos ha pegado. Ya cambiarás de opinión cuando seas mayor, por ahora eres una niña y no te han educado mucho.

Pues yo, Helen, lo que te he dicho es lo que siento. No tengo por qué querer a los que se empeñan en no quererme a mí, haga lo que haga para caerles en gracia, y me resistiré a sus castigos injustos. Me sale tan natural como querer a quien me demuestra cariño, o aceptar un castigo cuando creo merecerlo.

Ésa es la doctrina de los paganos y los salvajes. Pero los cristianos y las naciones civilizadas no la aceptan.

¿Qué quieres decir? No te entiendo.

Quiero decir que no es a base de violencia como se vence el odio, ni la venganza sirve de antídoto a la injuria.

¿Y qué se hace entonces?

Lee el Nuevo Testamento y fíjate lo que dice Jesucristo y en cómo se comporta. Toma por modelo sus palabras y sigue el ejemplo de su conducta.

¿Qué dice?

Ama a tus enemigos, bendice a quien te maldiga. Haz el bien a los que te escupan desprecio o te aborrezcan.⁶

6 Brontë, Ch., *o.c.*, 97-99.

El discurso de Helen posee la capacidad seductora que Nietzsche le reconoce al de Jesús de Nazaret.⁷ En él emergen con claridad muchos de los rasgos del cristianismo denunciado por el filósofo alemán como domesticación rebajadora de lo humano e inversión de los valores en la moral, de modo que, mediante una suerte de autoengaño no exento de perversión, se hace de la debilidad virtud, del sometimiento un triunfo, un mérito, una elección liberadora.⁸ Civilización y educación equivaldrían para la dócil niña a resignación, a aceptación de unos acontecimientos que se asumen acríticamente como destino propio. En su descripción elogia el tipo de cultura degenerada según Nietzsche en mera crianza, causante de un amansamiento que empequeñece lo humano. Jane no parece convencida y sin embargo intuye que las palabras de su amiga poseen la fuerza adormecedora de una nana, de una apacible canción capaz de vencer susurrando. En su exaltación de la pasividad, en su problemático encumbramiento del débil reside paradójicamente un empuje inesperado. Sin embargo, persisten en nuestra protagonista el escepticismo y la sospecha, concretados en la intuición de que no parece conveniente sucumbir a unos cantos de sirena que la incitan a dirigirse en una dirección opuesta a la de su naturaleza y que, generándole infelicidad y desazón, supondrían para ella una forma de condena. No obstante, es evidente que no puede concluir, como Nietzsche, que hay en juego algo valioso que se está hipotecando:

¿Qué ocurriría si en el “bueno” hubiese también un síntoma de retroceso, y asimismo un peligro, una seducción, un veneno, un narcótico, y que por causa de esto el presente viviese tal vez *a costa del futuro*? ¿Viviese quizá de manera más cómoda, menos peligrosa, pero también con un estilo inferior, de modo más bajo?... ¿De tal manera que justamente la moral fuese culpable de que jamás se alcanzasen *una potencialidad y una magnificencia sumas*, en sí posibles, del tipo hombre? ¿De tal manera que justamente la moral fuese el peligro de los peligros?⁹

Ciertamente el peligro acecha entre las paredes de Lowood, pues el frío, las deficiencias nutricionales de una insana dieta¹⁰ y el abrigo insuficiente abonan el terreno para que arraigue con fuerza la enfermedad en forma de tifus virulento.

7 Nietzsche, F., *La genealogía de la moral*, Andrés Sánchez Pascual (trad. esp.), Alianza, Madrid 2006, 47-48.

8 De hecho no es aventurado, a nuestro juicio, situar el discurso de Helen en paralelo con algún texto nietzscheano como el que a continuación reproducimos: «Nosotros los débiles somos desde luego débiles, conviene que no hagamos nada *para lo cual no somos bastante fuertes*» [...] esta amarga realidad de los hechos [...] se ha vestido, gracias a ese arte de falsificación y a esa automendacidad propias de la impotencia, con el esplendor de la virtud renunciadora, callada, expectante, como si la debilidad misma del débil -es decir, su *esencia*, su obrar, su entera, única, inevitable, indeleble realidad- fuese un logro voluntario, algo querido, elegido, una *acción*, un *mérito*.» (Nietzsche, F., *o.c.*, 60-61).

9 Nietzsche, F., *o.c.*, 28.

10 v. Nietzsche, F., *o.c.*, 44.

El brote epidémico coincide temporalmente con la eclosión vital de la primavera dando lugar a un contraste que Charlotte Brontë explota literariamente. Bajo la calidez del sol el jardín se ha convertido en una fiesta de flores en el que a las pocas alumnas milagrosamente indemnes se les otorga la pírrica victoria de gozar de una “libertad casi ilimitada”,¹¹ permitiéndoseles, en una suerte de concesión temporal al salvajismo, deambular como gitanas por el bosque de la mañana a la noche,¹² «¡lejos de la proximidad de todos los manicomios y hospitales de la cultura!».¹³ Mientras, entre los gélidos muros del internado, los pupitres han cedido su espacio a improvisadas camillas, los lapiceros han sido reemplazados por píldoras y el habitual olor a tinta ya no puede percibirse, pues los poderosos efluvios de la mortandad, disimulados bajo el alcanfor y el vinagre, han terminado por imponerse. Como si la infección estuviera cargada de un valor metafórico que sobrepasara su capacidad de destrucción literal, irrumpe evidenciando que Lowood es una escuela de resentimiento que contiene en germen su mutación en hospital.¹⁴ De hecho, no sólo las alumnas víctimas del tifus fallecen, sino que Helen Burns languidece en su lecho a consecuencia de una tuberculosis que resultará letal. Cuando en la noche misma de su deceso una angustiada Jane se escabulle hasta su cama temerosa ante la idea de no poder ya verla, ella intentará tranquilizarla convenciéndola de que no le aguarda sino un destino mejor en el reino de su padre, al que se abandona incondicionalmente.¹⁵ Al proyectar su felicidad en un más allá en el que obtendría recompensa por sus renunciaciones, así como por los castigos injustamente recibidos, la resignada niña se está situando en la posición criticada por Nietzsche en textos como el que a continuación citamos:

¿Y cómo llaman a aquello que les sirve de consuelo contra todos los sufrimientos de la vida - su fantasmagoría de la anticipada bienaventuranza futura?

¿Cómo? ¿Oigo bien? A eso lo llaman ‘el juicio final’, la llegada de su reino, el de *ellos*, del ‘reino de Dios’ - pero *entre tanto* viven ‘en la fe’, ‘en el amor’, ‘en la esperanza’.¹⁶

Helen Burns, incapaz de canalizar creadoramente el ardor latente en ella que revela incluso su nombre, sólo puede desquitarse con una gozosa independencia y una liberación imaginaria que únicamente en la eternidad podría concretarse: «muriendo joven, me evito muchas penas»,¹⁷ argumenta ante Jane su agonizante

11 Brontë, Ch., *o.c.*, 127.

12 v. Brontë, Ch., *o.c.*, 128.

13 Nietzsche, F., *o.c.*, 161.

14 v. Brontë, Ch., *o.c.*, 127.

15 v. Brontë, Ch., *o.c.*, 134.

16 Nietzsche, F., *o.c.*, 63.

17 Brontë, Ch., *o.c.*, 134.

amiga que, a una profundidad más insalvable quizá que la siempre serena señorita Temple, nada en el pozo del resentimiento, de aguas envenenadas. Jane, que intuyera quizá la ponzoña subyacente a modos de comportamiento tan correctos, comedidos y mesurados, desencantada ante la posibilidad de una libertad insatisfactoria, implora en sus rezos una nueva servidumbre.¹⁸ Así, abandonando el hospital, llegará al manicomio.

Una vez dejado atrás Lowood, Thornfield es el nuevo escenario en el periplo vital de Jane. Se trata de un espacio en el que nuestra protagonista, tras haber escapado a la disolución absoluta de su fuerza, de su potencial humano, en la servidumbre propugnada por el señor Brocklehurst, deberá afrontar un nuevo intento de domesticación, que no proviene ya del autoritarismo inclemente de un clérigo mezquino, sino del cariño egoísta de un nuevo señor, que es también amante. Nos referimos a Edward Fairfax Rochester, quien contrata a Jane como institutriz de la pequeña Adèle, que él ha acogido a su cargo tras la defunción de su madre, una antigua amante parisina. Coqueta, presumida y caprichosa, amante del baile y el canto como su progenitora, la niña constituye, desde el punto de vista estructural e intencional del texto como *Bildungsroman*, un modelo negativo para Jane. Incapaz de expresarse correctamente en inglés, la lengua del Imperio y seguramente para Charlotte Brontë y sus lectores la de los seres humanos civilizados, esta hija de una cortesana francesa de costumbres licenciosas representa el fruto de los vicios del continente. Sin embargo y contrariamente a lo que sucedía en el caso de la señorita Temple y Helen Burns, Adèle es un ejemplo carente de atractivo, tan distinto de Jane que no despierta en ella tentación mimética alguna. Ello contribuye sin duda a que la joven profesora se sienta a gusto cuando, además, en su nueva ocupación cree ver colmadas sus aspiraciones con el desempeño de una labor que considera útil a la vez que le resulta grata. No obstante, un pequeño incidente en el tercer piso de la gran mansión se revela como la nota disonante de la aparente armonía que hasta el momento imperaba. Cuando, como muestra de cortesía, el ama de llaves la señora Fairfax le enseña a Jane las estancias de la casa, un estallido inesperado, «una risa extraña; nítida, solemne, siniestra»¹⁹ rompe el silencio del ático. Lo que en principio podría antojarse como manido recurso de la autora a un lugar común de la literatura gótica, género en el que los lectores menos avezados incluirían su obra, se revela en verdad como un nuevo indicio de que *Jane Eyre* es en lo esencial más cercana al *Wilhelm Meister* de Goethe que a *Los misterios de Udolfo*. En efecto, tan tenebrosa e intempestiva carcajada no es sino la primera manifestación de una doble oscura de Jane, la irrupción, en este punto todavía tímida e inocua, del lado salvaje que ya durante su infancia sus parientes los Reed

18 v. Brontë, Ch., *o.c.*, 139.

19 Brontë, Ch., *o.c.*, 170-171.

percibieran, de la irracionalidad, entendida como tendencia a la rebelión y la furia, que todas las sensatas enseñanzas de la sosegada señorita Temple no consiguieron refrenar de manera definitiva en ella.

Particularmente digno de atención resulta el valor simbólico de las distintas estancias que Jane recorre en compañía de la señora Fairfax hasta llegar a las puertas de la guarida desde la que Bertha Mason, la demente esposa del señor Rochester, deja notar inicialmente su presencia. El primero de estos lugares relevantes es la biblioteca de la mansión, destinada a servir como aula. Además de contar con un piano, un caballete de pintura y dos bolas del mundo, sus estanterías atesoran numerosos volúmenes, de los cuales unos pocos han sido previamente seleccionados para servir de entretenimiento a la institutriz. Entre las paredes de esta sala, que alberga en diversas formas la cultura que se ha demostrado apaciguadora para Jane, ella parece sentirse cómoda. Precisamente al abandonar esta habitación tras dar por finalizada una lección con su pupila, se produce el encuentro de la maestra con una señora Fairfax que emulará, sin ser consciente de ello, al Virgilio de la *Divina Comedia*. El ama de llaves está atareada limpiando el comedor, pero pronto la atención de ambas mujeres se dirige al salón, que la anciana sirvienta compara con una cripta, pero que a los párvulos ojos de una embelesada y atónita Jane se presenta como un sitio encantado. La decoración es en él rica y suntuosa, con un predominio cromático del blanco tan sólo roto por el fulgor carmesí de los objetos de cristal de Bohemia que lo adornan. Este contraste de colores, al que la misma Jane designa metafóricamente como «mezcla de nieve y fuego»²⁰, había aparecido ya, aunque invertido por la preponderancia del carmín sobre el blanco, en la descripción del cuarto rojo al comienzo de la novela. Castigada de niña al encierro en esta fría y solemne estancia, Jane llegó a sentirse más cerca que nunca de la locura cuando, sugestionada por el recuerdo de su tío fallecido en ese mismo lugar, creyó percibir su fantasma y terminó por desmayarse. De hecho, en ambos recintos se palpa la omnipresencia de dos figuras masculinas ausentes, ya se trate del difunto señor Reed o del viajero Edward Rochester.

No obstante, el espacio nuclear en *Jane Eyre* no es el majestuoso salón, ni el imponente pasillo repleto de venerables retratos de antepasados, ni tan siquiera el sencillo cuarto de la protagonista, sino un apartado desván en el que el dueño de la casa ha confinado a una incómoda bestia, memento viviente de los errores y excesos de su despreocupada juventud. El tercer piso en el que se emplaza esta simbólica habitación se halla repleto de muebles viejos que en otro tiempo decoraran las estancias de las plantas inferiores. En palabras de Jane, «aquellas reliquias daban al tercer piso de Thornfield un aire de hogar de antaño, de altar a

20 Brontë, Ch., o.c., 167.

la memoria».²¹ La expresión «*shrine of memory*»,²² empleada aquí por la narradora en su relato autobiográfico, remite nuevamente a un episodio de infancia, pues el término '*shrine*' apareció ya usado en su caracterización de la repisa de la ventana del hogar de los Reed, en la que, agazapada tras las cortinas, le gustaba cobijarse. Esta zona limítrofe entre dos mundos opuestos, el de un gélido exterior tan atractivo como hostil y el de un interior familiar pero sofocante que la rechazaba, constituía el refugio de la niña Jane, era su peculiar santuario. Mas se trata de un lugar de reposo que, como denota la ambivalencia del vocablo '*shrine*' que se le aplica, comparte peligrosamente con el ático de Thornfield las connotaciones de tumba: el encierro puede desembocar en entierro, parece insinuársenos ya desde los capítulos iniciales del libro. La lobreguez del tercer piso evoca precisamente en la institutriz el recuerdo de una tumba y no parece trivial que para ilustrar esta idea la narradora recurra al mismo vocablo '*vault*' que ya le sirviera al ama de llaves para designar el lujoso salón que deslumbrara a la joven maestra. Si aquella esplendorosa sala podía considerarse una cripta por su carácter de recinto de un culto misterioso, el del lujo, la exquisitez, la sensualidad y los secretos, desconocidos para Jane, del sexo, la buhardilla de Thornfield es una cripta en la segunda acepción del término, es decir, en tanto que sacrosanto lugar en donde se sepulta a los muertos.

Después de haber indagado infructuosamente sobre el carácter de su nuevo amo el señor Rochester en su conversación con la señora Fairfax, Jane deambula en su compañía por el largo pasillo del tercer piso, flanqueado a ambos lados por numerosas puertas, cuando una risotada súbita y sobrenatural rompe el silencio imperante en tan recóndito lugar que, al menos en apariencia, se asociaría a un tranquilo letargo. Pero la inquilina de este retirado rincón de la mansión es todo menos pacífica, como ya puede adivinarse por su carcajada intempestiva. De hecho, a medida que avanza la novela y el personaje del señor Rochester, presente ya físicamente, va conquistando un lugar cada vez más preeminente en el pensamiento y los sentimientos de Jane, las irrupciones de su desequilibrada esposa, amén de ser más frecuentes, se revelan de mayor virulencia y gravemente peligrosas. Quien es descrita por su marido como hiena, «feroz alimaña», «espantosa bruja» o «demonio monstruoso», poseedora de «una inteligencia de pigmeo y unos apetitos de gigante [...] desenfrenada y viciosa»,²³ no conforme con dejar sentir su presencia en forma de risa fantasmagórica a la luz del día, se permite, con sus espeluznantes alaridos, perturbar la quietud de la noche. Como si barruntara que no es suficiente con burlarse, con sombrías carcajadas, de la inocencia y los sueños

21 Brontë, Ch., *o.c.*, 169.

22 Brontë, Ch., *Jane Eyre*, Norton, Nueva York - Londres 2001, 90.

23 Brontë, Ch., *o.c.*, 471, 446, 458, 478-479, 466.

de libertad de una Jane que, erróneamente, se creía acomodada con acierto en su papel de institutriz, la demente Bertha Mason, legítima señora de Thornfield, se va inmiscuyendo cada vez con más fuerza en la rutina de su competidora. Al mismo tiempo, la coincidencia de las entradas en escena de la loca del ático con momentos esenciales de la vida de Jane en relación con Rochester, apunta a su familiaridad íntima con ésta, como si la bestia confinada en su caótica buhardilla gozara de un acceso privilegiado al orden, al menos aparente, de su mente, como si desde su voracidad animal intuyera que hay en la joven maestra un apetito similar al suyo, sometido desde los días de Lowood a una estricta dieta, como si se tratara, en fin, de su doble siniestro, capaz de realizar sus deseos más secretos.

Edward Rochester constituye el vértice articulador y de cierre de un peculiar triángulo amoroso: el que se establece entre él, fuerte y poderoso, la inexperta aunque audaz Jane y su salvaje esposa. El día en que el dueño de Thornfield decide unirse en matrimonio con la institutriz y sellar un pacto de igualdad con ella, que encuentra su figura metafórica en una cuerda tensada,²⁴ por tanto en una recta, la verdad sobre la moradora del ático se descubre, recordándole al amo cuál es su auténtica ligadura.

En este punto resulta muy revelador desentrañar el simbolismo del tercer piso que, pese a su situación periférica, reviste una importancia crucial. El desván, en tanto que almacén de trastos viejos, depositario de un pasado arrumbado, constituye paradójicamente el desorden que posibilita el orden, al tiempo que su moradora, una demente enjaulada, encarna la locura que subyace a toda cordura, el pasado soterrado sobre el que se construye un renovado presente. Pero cuando se hace pública su existencia, lo subterráneo emerge a la superficie, lo indomesticado y feroz se libera. Una vez que han quedado sueltos los fantasmas que custodiaba, la cripta que era la buhardilla se tambalea y con ella tiembla todo el edificio al que servía de cimiento. Fundida la solidez de esta base por la naturaleza ardiente de Bertha, que lo es también de Jane, una lengua de lava destructora avanza imparable por la casa inundándolo todo, cual si procediera de las entrañas de un volcán en erupción, de un abismo que, parafraseando el conocido ensayo de Eugenio Trías,²⁵ sube y se desborda.

Destapados los secretos de Rochester, el enlace es imposible y Jane emprende la huída que la conducirá a una nueva estación de su peregrinaje formativo en la que habrá de superar nuevamente la tentación de ceder a una domesticación que en este caso podría costarle incluso la vida. De regreso a Thornfield, tras haber

24 v. Brontë, Ch., *o.c.*, 384: «Me parece como si debajo de la costilla izquierda llevara una cuerda enlazada estrechamente con otra igual situada en la misma zona de su pequeño cuerpo».

25 v. Trías, E., *Lo bello y lo siniestro*, Ariel, Barcelona 2001.

distinguido a millas de distancia la voz queda e implorante de su amado Edward que pronunciaba su nombre en mitad de la noche, Jane descubre angustiada que la otrora espléndida mansión ha sido pasto del fuego. En su incendio, provocado por Bertha, la loca ha fallecido, desapareciendo con su muerte el impedimento legal y social para la boda de la protagonista y el señor Rochester. Pero éste, al intentar infructuosamente rescatar a su enajenada esposa de entre las llamas, ha quedado terriblemente mutilado. Ciego y manco vive recluido con dos fieles sirvientes en la ruinoso y escondida propiedad de Ferndean, a donde su enamorada, económicamente independiente gracias a una herencia recibida, acude a buscarlo. Destruído Thornfield, que se erguía como imagen del señorío del personaje masculino y de la consiguiente subordinación de Jane, ambos pueden unirse en matrimonio, seguros de que las alianzas que se intercambian son el símbolo de una igualdad real. Mas el precio de esta paridad quizá haya sido excesivo: castrado Rochester en su fuerza, su joven mujer se ha convertido en perro lazarillo de un «Sansón invidente»,²⁶ «como si un águila real encadenada a su pértiga se viera obligada a recibir su sustento de un gorrión».²⁷ La domesticación final de ambos, además de ser empobrecedora, se alcanza sólo en el tramposo escenario de una casa sin desván, es decir, en un artificioso lugar en el que el orden y la cordura imperarían sin necesidad de arrinconar los trastos viejos o el pasado incómodo en la buhardilla. Pero, ¿es tan sencillo soterrar el lado salvaje del que han dado cumplida muestra nuestros protagonistas? Seguramente no y quizá por eso Charlotte Brontë los condene a amarse de espaldas al mundo, entre las húmedas paredes de un insalubre caserío, oculto en el corazón de un espeso bosque. El emplazamiento de Ferndean recuerda de modo inquietante al de Lowood, enterrado en una hondonada que era foco de nieblas y cuna de pestilencia, terreno abonado, en fin, para la enfermedad, ese peligro que acecha cuando, como Jane y Edward Rochester, se quiere ser hombre y sólo hombre, humano, demasiado humano.

26 Brontë, Ch., *o.c.*, 642.

27 Brontë, Ch., *o.c.*, 653.



Nietzsche y la hermenéutica

Vol. II

 AU llibres

Francisco Arenas—Dolz
Luca Giancristofaro
Paolo Stellino
(eds.)

Nietzsche y la hermenéutica

Francisco Arenas—Dolz
Luca Giancristofaro
Paolo Stellino
(eds.)

Vol. II

Esta publicación ha recibido una ayuda del Proyecto de Investigación Científica GV06/145, financiado por la Conselleria d'Empresa, Universitat i Ciència de la Generalitat Valenciana; y del Proyecto de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico HUM2004-06633-CO2/FISO, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia y con Fondos FEDER de la Unión Europea.

© Los autores

Francisco Arenas—Dolz
Luca Giancristofaro
Paolo Stellino
(eds.)

© Ilustración de portada:

Werner Horvath, Friedrich Nietzsche – von den drei Verwandlungen

© Derechos de edición:

Nau Llibres - Edicions Culturals Valencianes, S.A.
Tel.: 96 360 33 36, Fax: 96 332 55 82. C/ Periodista Badía, 10. 46010 Valencia
E-mail: nau@naullibres.com web: www.naullibres.com

Diseño de portada e interiores:

Pablo Navarro y Artes Digitales Nau Llibres

Imprime:

Guada Impresores S.L.

ISBN13: 978-84-7642-744-6

Depósito Legal: V- x.xxx - 2007

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático.



Índice

Prólogo.....	13
<i>Prologue</i>	17
Introducción.....	21
<i>Introduction</i>	25
Siglas y abreviaturas.....	29

I. PERSPECTIVAS HERMENÉUTICAS

Nietzsche's Secret.....	33
Towards a 'noble' kind of hermeneutics <i>Philippe Lepers</i>	
«La nuova interpretazione di ogni accadere».....	43
Volontà di potenza, ontologia ed ermeneutica nei frammenti postumi di Nietzsche <i>Marco Mantovani</i>	
Das „in Symbolen und Unfasslichkeiten schwimmende Sein“	55
Nietzsche zwischen Kritik und Hermeneutik <i>Ekaterina Poljakova</i>	
Das Dionysische bei Nietzsche als Hermeneutik der tragischen Existenz	65
<i>Rainer Schäfer</i>	
Nietzsche's transcultural hermeneutics.....	79
Proliferation versus fusion of horizons <i>André van der Braak</i>	

II. KANT Y SCHOPENHAUER

La hermenéutica de la tragedia de Kant a Nietzsche: ¿rehabilitación o neutralización?.....	91
<i>Berta M. Pérez</i>	
Kant y Nietzsche: el papel de la interpretación en el avance político.....	101
<i>Lorena Cebolla Sanahuja</i>	
Para un descifrar/explicar lo incognoscible: Schopenhauer y la interpretación	113
<i>Ricardo Gutiérrez Aguilar</i>	
Voluntad e interpretación.....	123
¿Nietzsche versus Schopenhauer? <i>Juan Antonio Blanco Elena</i>	

- La crítica de Nietzsche a Schopenhauer sobre el valor de la compasión133
Alicia Villar Ezcurra

III. HEIDEGGER Y GADAMER

- Ontología ed esperienza religiosa145
 Note sulla struttura ermeneutica della *Religionsphilosophie* del primo Heidegger
Antonio Siena
- Sobre el Nietzsche no metafísico de Heidegger157
Rafael Moreno Gutiérrez
- Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica nihilista167
Pedro Plaza Peral
- La transformación hermenéutica de la fenomenología en la introducción
 a *Ser y Tiempo* como base de la lectura heideggeriana de Nietzsche177
Francisco Conde Soto
- Nietzsche contra Heidegger: “el Enemigo Íntimo”187
José Vidal Calatayud
- Gadamer entre Nietzsche y Heidegger: ¿repensar la radicalidad?199
Carles Ayxelà
- Nietzsche’s hermeneutics209
 Does truth wear a mask?
John Paul Grosso
- De la *Gegenständlichkeit* a la *Sachlichkeit*217
 Apuntes sobre una aproximación gadameriana a la hermenéutica en Nietzsche
Pilar Mancebo Pérez

IV. LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA Y FRANCESA TRAS NIETZSCHE

- Nietzsche y la generación del ‘98229
Armando Savignano
- Revisión de la filosofía de Nietzsche en Ortega: aspectos asumidos y
 superados247
Guillermo Taberner Márquez
- Del superhombre nietzscheano al hombre selecto orteguiano259
 (El amor como ingrediente constitutivo de la filosofía)
José Miguel Martínez Castelló
- La voluntad en Xavier Zubiri269
 Una interpretación postnietzscheana de la voluntad de poder
Jesús A. Fernández Zamora

El cuerpo viviente y su dimensión temporal (Nietzsche y Bergson)	281
<i>Luis Antonio Cifuentes Quiñonez</i>	
Después de Nietzsche: dos propuestas intempestivas	291
<i>Rosa Martínez González</i>	
Wie die Interpretation den Interpreten formt	301
Sartres absolutes Bewusstsein als Wille zur Macht	
<i>Niklas Corall</i>	
La interpretación de lo real.....	311
La herencia hermenéutica nietzscheana en la obra de Rosset	
<i>Francisco José Villanueva Macías</i>	
De lo actual o de una apropiación de lo intempestivo: Foucault lector de Nietzsche	321
<i>Marco Díaz Marsá</i>	
Semántica de la amistad	333
<i>Carmen González-Marín</i>	
Nietzsche y la experiencia de desubjetivación.....	341
<i>Joaquín Fortanet Fernández</i>	

V. DE LA HISTORIA A LA GENEALOGÍA:

VERDAD E INTERPRETACIÓN

Historia e Interpretación.....	353
Entre el olvido animal y la memoria humana	
<i>Vanessa Lemm</i>	
Nietzsche para pensar rupturas en el concepto de historia	363
<i>Rosana Silva de Moura</i>	
La crítica genealógica de la moral como descubrimiento del «punto ciego» y el «fondo insobornable»	373
<i>José María Muñoz Terrón</i>	
Una aproximación a la genealogía.....	383
Verdad y veracidad en Bernard Williams	
<i>José Luis García Martínez</i>	
Teoría de la verdad como metáfora en <i>Verdad y mentira en sentido extramoral</i> . 393	
<i>Jorge Úbeda</i>	
The Dreams of Nietzsche	403
<i>Sonia Arribas</i>	

Limiti dell'interpretazione. Nietzsche e il mondo vero.....	413
<i>Federico Petrolati</i>	
Nietzsche's Revaluation of the Practice of Truth	423
<i>Katrina Mitcheson</i>	
<i>Sie warf den Schlüssel weg</i>	433
Nietzsche y la retórica	
<i>Francisco Arenas—Dolz</i>	

VI. NATURALEZA Y HUMANIDAD: DE LAS CIENCIAS SOCIALES A LA FILOSOFÍA PRÁCTICA

Lo specchio dell'uomo in frantumi. Forme di vita, forme di umanità e figure dell'umano	473
Nietzsche anti-umanista e profeta del post-umano	
<i>Roberto Mastroianni</i>	
Il carattere ermeneutico della naturalizzazione dell'uomo in Nietzsche	489
<i>Andrea Bertino</i>	
Nietzschean practical philosophy and Tönniesian sociology	499
<i>Niall Bond</i>	
Volontà di potenza e descrizione del mondo: le ragioni di una scelta terminologica	511
<i>Pietro Gori</i>	
Nietzsche, James y el realismo hipotético de la Epistemología Evolucionista .	523
<i>Edgar Maragat</i>	
Nietzsche y la bio(zoo)política	533
<i>Jesús Pons Dominguis</i>	
Nietzsche and the Human Rights	545
<i>Damla Altun</i>	
Herramientas nietzscheanas para una filosofía política	555
<i>Lidia de Tienda Palop</i>	
Las virtudes en el laberinto:	563
Nietzsche tras la virtud	
<i>Juan David Mateu Alonso</i>	
Nietzsche y la ética del psicoanálisis: sin-razón detrás de las estrellas	573
Esbozo de una hipótesis	
<i>Adriana Flórez López</i>	

Nietzsche y los medios de comunicación de masas.....	583
<i>Raúl Francisco Sebastián Solanes</i>	
Nietzsche y los cyborgs.....	593
<i>Eurídice Cabañes Martínez</i>	
<i>Olaya Álvarez Valcárcel</i>	

VII. EL ARTE DE LA SEDUCCIÓN: DE LO FEMENINO A LA LITERATURA

Nietzsche's Hermeneutics of Seduction	603
<i>Donovan Miyasaki</i>	
“Nietzsche”: ¿Un nombre propio?	611
Algunas notas sobre lo eterno femenino en la obra de F. Nietzsche	
<i>Federico Rodríguez Gómez</i>	
Límites y confines de la venganza en Nietzsche y Esquilo.....	621
<i>Paolo Stellino</i>	
Los rostros de Sócrates	631
Montaigne, Nietzsche y el problema de la fisonomía socrática	
<i>Vicente Raga Rosaleny</i>	
Jane Eyre: el sentimiento atrapado.....	641
La institutriz en la línea de sombra	
<i>Azucena Eguren Sanchagarre y Lorena Rivera León</i>	
El alma desmembrada.....	653
Estudio de la novela de Hofmannsthal <i>Andreas o los Unidos</i>	
<i>José Miguel Hernández Mansilla</i>	
Enfrentados al horror. La influencia del espíritu libre nietzscheano en <i>Apocalypse Now</i> , de Francis Ford Coppola.....	665
<i>Miguel Santolaria Sánchez</i>	
Pero... ¿hubo alguna vez una filosofía uralo-altaica?	675
<i>José M^a Bellido Morillas</i>	

VIII. ESTÉTICA Y HERMENÉUTICA

Esthétique et interprétation dans la pensée de Nietzsche	687
<i>Maria Branco</i>	
Sobre el carácter hermenéutico de la experiencia estética a partir del concepto de desinterés.....	697
(Nietzsche entre Kant y Heidegger)	
<i>José M. García Gómez del Valle</i>	

El arte como divinización de la existencia	709
<i>Roberto Sánchez Benítez</i>	
El amor a las cosas.....	717
(Notas para una acción)	
<i>Norberto Fuentes</i>	
<i>Ricardo Pinilla</i>	
El potencial de la “metafísica de artista” nietzscheana para la “ética del arte” en la actualidad	729
<i>Juan Carlos Siurana Aparisi</i>	
En busca de la tragedia perdida y de una paideía	741
<i>Enrique Herreras Maldonado</i>	
El arte y los remedios para la salud en H.-G. Gadamer y F. Nietzsche	753
<i>Lourdes Otero León</i>	

IX. DIOSSES E ÍDOLOS

Above all, do not mistake me for someone else.....	767
An exploration of the idolatrous use of Nietzsche	
<i>Zaahira S. Wyne</i>	
El concepto de <i>Demuth</i> en el pensamiento de Nietzsche	777
<i>Ricardo Baeza García</i>	
La incursión de Nietzsche en el pensamiento budista	787
<i>Carlos Hugo Sierra</i>	
Jesús de Nazaret: ¿un Buda o un gnóstico?.....	797
Un análisis hermenéutico a partir del <i>Anticristo</i> y del <i>Evangelio de Tomás</i>	
<i>Luca Giancristofaro</i>	
El concepto de la vida y del bien en Nietzsche y en Tolstoi	809
<i>Ana María Rabe</i>	
El hombre sacrificial.....	819
Una lectura de <i>La genealogía de la moral</i>	
<i>Juan Antonio Horrach Miralles</i>	

X. LA CUESTIÓN DEL NIHILISMO

Il senso della verità: critica e nichilismo	831
<i>Gaetano Chiurazzi</i>	
Nihilismo y desierto en Nietzsche	841
<i>Wildnis, Öde, Einöde, Einsamkeit, Wüsten</i>	
<i>Simón Royo Hernández</i>	

La caída: apuntes sobre la decadencia en el marco del nihilismo nietzscheano	851
<i>Verónica Rosillo Pelayo</i>	
L' interpretazione löwithiana dell' "eterno ritorno" e la questione del nichilismo	861
<i>Jean-Claude Lévêque</i>	
Consideraciones en torno a <i>El sujeto y la máscara</i> , de Gianni Vattimo	877
Una lectura de la posmodernidad	
<i>Luis Sebastián Villacañas de Castro</i>	
Lo patológico del nihilismo	889
<i>Sergio González Bisbal</i>	
Nihilisme i posconvencionalitat	899
<i>Vicent Gozálviz</i>	
El tema del "último hombre" en la filosofía de Nietzsche.....	909
Significado y alcances en la cultura y pensar contemporáneos desde una hermenéutica radical: nihilismo y transvaloración.	
<i>Marta De La Vega</i>	
La (re)invención de Europa.....	923
Una hermenéutica desde Nietzsche	
<i>Abraham Rubín</i>	
Para todos y para nadie. Nietzsche y el fin de la filosofía.....	933
<i>Concepción Pérez Rojas</i>	
Colaboradores.....	943